

Literatura

---

**HIJA**

**SAMUEL VELÁSQUEZ**

©Dirección de Cultura de Antioquia, 1998

©Benjamín & Olga Robledo Ortega

# HIJA

## TENTACIÓN

Volvió la esmeralda hace poco a ganar las gradas del solio a hombros del capricho, entre palmas y aclamaciones. Verdad que aún tenía partidarios su monarquía en los anillos episcopales, en las mitras recamadas y en los armarios de las abuelas, pero cierto también que el cetro lo llevaba el diamante con la gran gentileza y que, por antojo del mundo entero, era el rey de las piedras preciosas.

No se ha visto soberano que haya metido más bulla, ni puesto más gente en movimiento que la esmeralda al ser reelegida por la moda; al menos en Colombia llegó un día en que todos, o punto menos, andaban contagiados de fiebre verde, como se llamó aquel período. Su Majestad el Diamante, con su corona de iris y todo, anduvo medrocico o cosa así, de quedarse de súbdito de la linda soberana; y no las tendría todas consigo, oyendo el delirio que se apoderó hasta de los niños, las mandaderas y los campesinos. Afortunadamente para él la grandeza de su rival fue la aparición de un fuego fatuo.

De un momento a otro llegó tal imposición, y una mañanita se levantaron las gentes a no darle reposo a la lengua, habla que te habla, la mayor parte a la topa tolondra, de *aceitunas, gotas de aceite, ojos de gato*, clasificándolas por la palidez, por la negrura de su verdor y por la transparencia. Al cielo las subían con frases ornadas de sutilezas y encomios, cuando en su seno no reverberaba un polvillo blanco, a modo de reguero de sal, que por descuido dejaran allí los gnomos y los silfos, dueños de las joyerías que cintilan en el seno de la tierra. Las pálidas como niñas cloróticas, eran miradas con menos entusiasmo, así tuvieran la limpieza de una gota desprendida de una nube; las oscuras que desgraciadamente llevaban en el fondo la estela de nieve o *jardin*, tampoco embelesaban ampliamente, y siempre andaba su dueño correteando a ponerlas en giro, hasta dar, a fuerza de tratos y contratos, con una de las que pedía la elegancia, verdinegra, transparente y, por miedo al empalago de la miel, no demasiado grande.

Hubo quién tuviera envidia de Aladino, dando por cierto lo del huerto encantado, donde los árboles reían en lujurioso florecimiento de piedras finas; y todos brindaron alojamiento en su memoria a las minas de Muzo, después de años de mirar aquel venero poco menos que con indiferencia. Si no era por su valor nadie averiguaba por la belleza de las esmeraldas patrias, ni las perseguían con ojos estetas, como a las mariposas azules que constelan el aire de ese rico país. Y ahora se le antoja a todo el mundo que verdaderamente la esmeralda es una belleza, y se siente sugestionado, y descubre en ella virtudes maravillosas que destemplan

la fuerza de los hados maléficos. ¡Qué tontos, no haber caído en la cuenta! Era preciso que viniera una celebridad antojadiza a colocarse una piedra verde, aunque fuera de plebeya estirpe, allí donde el diamante solía brillar en las grandes fiestas; era preciso eso para que cada quisque se diera a hablar de esmeraldas con la gran suficiencia y a bailarle el agua delante a todo el que poseía una de mérito.

En Colombia, por lo mismo que tiene un criadero de ellas, sólo fulgían en manos modestas, vulgares algunas, y pasaban casi como vidrios ordinarios; pero vino la orden que dictaba el tirano de allende los mares, y fueron redimidas por la novelería y ascendieron a las manos que calzaban guantes de aduladora piel; resplandecieron en las gargantas orladas de encajes y en las orejas hechas de pétalos de rosa-té. La nobleza se tornó en el mágico engarce de la esmeralda, y la vanidad la exhibía con un afán que ni que le hubiera robado su gran lucero a la mañana.

Los mercaderes, igual que perros listos, alzaron la nariz y husmearon un venero que, con labia y poco sudor, se convertía en un armonioso frufú de billetes de banco.

¡Qué tienen que ver con este luminoso ajeteo los cuentos de Sherenarda la Sultana! Danzaban en él clásicos medallones de otro siglo, de piedras y cadenas de cándida labor y que antes fueran mirados como una extravagancia de las abuelas, que los habían dejado en cofres perfumados con olores exangües — crepúsculos de aromas muertos—. Y ya no fueron vulgares ni simples nuestros antepasados. —“¡Oh..., mi abuelo era un refinado! Mira tú qué concierto de fulgores hay en este broche con que prendía la pluma ondulante de su sombrero”. Hay en el presente horas que se sonrojan cuando recorren la modestia del pasado. Los siglos muertos no pueden defenderse de la presunción hogaño, pero a sus sepulcros corre la humanidad a escarbar cenizas de diamantes que presenta en otra forma. Las esmeraldas de más valor aparecieron en esta vez en manos de viejecillas temblonas, en custodias de antiguas catedrales y en los rincones de cariño, donde no había otra cosa que cintas desteñidas, hojas secas que hablaban y trapos de ingenua trama.

Entre tanto, al agio subía y bajaba el valor de la piedra a más allá de donde tenía plantada su tienda la perla desde tiempo inmemorial. Era de oírse el precio que alcanzaban algunas de ellas a cuatro pasos de donde se comprarán. Día hubo en que el primer dueño de una volviera a adquirirla por su primer valor multiplicado muchas veces. Y cómo hilaban de fino los joyeros, viendo de sujetarlas como por milagro en el aire. Ahí de las filigranas y de los imposibles realizados. Porque les faltaba la voz no se quejaron de la moda; si les hubiera sido dado sentir, no hubieran soportado el manoseo en que iban por esas calles, y habrían bendecido el momento de llegar maltrechas y molidas al estuche de la dama poderosa, que nunca más las dejara caer en manos de negociantes.

La pesadilla del lucro salió desalada de la capital, como había salido de Europa, y puso en movimiento a los hijos de los pueblos que, a su vez, extendieron la ola avasalladora a los villorrios y a las montañas. Allí

también los armarios, entre albahaca y romero, presentaron su tesoro simple o valioso; así como así nadie había soñado con aquellos precios casi pecaminosos.

Los zarcillos franjados de chilindrinas, que le caían a su antigua dueña sobre los hombros, quedaron viudos de lo que formaba su galanura; los anillos de sincero grosor tuvieron que soportar de ahí en adelante adornos de ordinarias baratijas, y abundan los medallones donde se veían huecos solitarios. El sentimiento se alarmó al ver que la codicia velaba hasta el santuario de los recuerdos íntimos para meter en él la mano temblorosa. Las joyas que la madre llevara al altar el día de sus bodas, el talismán que había dejado a sus nietos el abuelo previsor, el regalo simbólico del amante, todo pasaba a manos profanas; nadie había de venir a demandar cuenta de tan poca piedad. ¿Y todo para qué? Ni siquiera para recibir el justo valor de las alhajas, porque ninguna de las que presentaron en montañas y aldeas salió a andar mundo a costa de lo que valía en dinero. “¿Sabe usted que por mera complacencia le doy esto por la suya? No reúne las condiciones que piden en Europa; pero es usted... vamos... tan amable”. Y aunque la esmeralda fuera más bella que un ojo de serafín, el aldeano cándido se daba por pagado regiamente si le hacían el favor de darle una bicoca.

Otra cosa era después, cuando sabía el infeliz que su dije había cruzado la puerta de un palacio, aclamado por la multitud como un asombro.

Era entonces cuando se acordaban de la madre y del amigo muertos. “¡Si ellos supieran lo que hemos hecho!”

¿Y qué hacer? Pues entrar en la batahola; cabalmente que todo el mundo danzaba en ella. Y corrían a buscar esmeraldas; era un negocio. “La vecina tiene una, el tío Pedro otra, y antes de que los arisquen como a mí, comprárselas”. Era un asesinato a la belleza; acamelladas las gentes por la avaricia, se dejaron tocar como de lepra que envenenaba los corazones y se asomaba enloquecida a los viejos escaparates repletos de chucherías. Todos en guardia al fin; y los pobres que guardaban una piedra verde creyeron que con su valor sacudirían para siempre los guiñapos de la miseria y el desdén de los ricos. ¡Pobrecillos! No era poco su desengaño cuando el comprador se les reía en la cara con aquella franqueza, oyéndoles el delirio, ocasionado muchas veces por un vidrio, y no faltó un diestro vendedor que con otro pusiera trémulo de alegría al negociante y lo hiciera vaciar la bolsa sin muchos regateos.

Era una tormenta de granizos verdes que había alcanzado proporciones formidables; y el correo lleva que llevarás puñados a Europa, donde tampoco se aplacaba al parecer la extraña fiebre; no, sino que antes encendía la de aquende los mares. Las mujeres de la aristocracia poderosa cambiaron los cuajarones de luz blanca que llevaban en el seno y en las manos por esmeraldas de ofensivo avalúo, y en sus fiestas no ahorcaban las muñecas y los cuellos turgentes sino con pulseras y collares verdes. El diamante se hizo a un lado sonriendo: sabía que tenía bien puesta la corona y que, a poco andar, la intrusa soberana tomaría las

escaleras o volvería a formar con los prosélitos de la corte. Pero entre tanto ¡cómo fulgía! Es tan hermoso todo lo que está en moda.

Por este tiempo vivía en un pueblecillo de Colombia una familia que hubiera podido fanfarronear con lo azul de su sangre, si la falta de bienes no le hubiera cosido los labios. Ya se sabe que pobreza es la enredadera parásita del árbol de los nobles, y que en cuanto le da por envolverse en una rama, la seca y al parecer la torna en madera común; raro es el brazo que debajo de la exótica ramazón conserva la tez satinada del tronco. Y como los hombres son tan malos, nunca se detienen a separar lo regio de lo bastardo y toman por maleza el grupo entero.

Al amparo de sombra tan funesta, pero sintiendo correr por sus venas la sangre real, vivía el señor de Casablanca, don José, a quien todos, a pesar de lo dicho, llamaban el señor, así, a secas, porque su paso medurado y porte regio iban diciendo que lo era.

Resobado siempre con aldeanos y caciques de provincia, conservaba el aire y las maneras que gastara un día entre lo timbrado de la capital, de donde lo había arrojado su mala fortuna no más que porque ella quiso que saliera de allí; empresa facilísima cuando se dispone de incendios, pestes de animales y modo de decirles a los deudores que pueden dormir tan descuidados, sin volver a pensar en la palabra empeñada. Todas las calamidades, excepto la deshonra, se movieron a la vez como los anillos de una serpiente que estranguló la placidez de la vida de don Carlos. Volaron las reliquias tutelares, las porcelanas de Sajonia, los cristales de Venecia, las noches de gloria y el canto de la sirena. No le quedó a don Carlos más que una *Imitación de Cristo*, empastada con tanto lujo que decía precisamente lo contrario.

Sus amigos, iniciados en esta desgracia, siguieron tratándolo con la deferencia de antes, pero no lograron hacerle creer que siempre podía contar con ellos; bien se le alcanzaba la certeza del dicho "tanto vales cuanto tienes" y colegía de ahí lo efímero de aquella misericordia.

No quiso recibir de limosna pasaje en el navío de los elegidos, y se echó al agua con los suyos y un cargamento de punzantes recuerdos. Milagrosamente se aferró a la nave de la casualidad, y en el pueblo de X iba saliendo con su familia a remolque y a trompicones de los zarzales de la vida, vertiendo a cada paso gotas de sangre que chupaba la tierra, indiferente al modo como van los hombres por sobre ella.

Pero no olvidaba el señor de Casablanca la cumbre de donde venía ni los vientos que por allí soplan, y naturalmente se tornaba en champaña la copa de agua que ofrecía en su casa, y cabrilleaba como seda, sin que don Carlos lo tuviera en cuenta, el algodón de sus vestidos. Sin estudio se imponía a la multitud, a pesar de su pobreza.

Por selección sus hijos sabían cortesía y maneras, de modo que los vecinos, ricos y todo, se desesperaban con el aire de aquella gente que, no obstante su facha poco deslumbradora y tener la puerta de su casa abierta para todos, imponía respeto. Qué cosas decían; a estos señores les luce una flor en los

cercados como una joya; y es lo peor que ese porte de la familia de don Carlos no se puede imitar. A todo lo cual se unía una dulce resignación de grandeza caída, que los metía como entre un nimbo misterioso, y no les quedaba a los aldeanos ni el recurso de odiarlos, porque esa elegante docilidad brotaba del hogar tan naturalmente; nadie allí ostentaba su manera como una imposición; aquello era igual que tener negros o blondos los cabellos, en lo cual nada tiene que ver su dueño.

Hala, que te vas, iba la familia tirando penosamente del carro de la necesidad, pero sin quejarse ni dejarle maliciar a nadie el poco confort de que disponía a puerta cerrada, por no decir ninguno. Y tan serenos. En la puerta de su morada estaba el orgullo listo a gritarle ¡alto! al ángel de la caridad. Un heroísmo, porque ya se ha convenido en que sufre menos el ciego de nacimiento que el que vio la luz un día. Jamás hablaba de la nostalgia de la seda ni de horas placenteras.

Trabajaba don Carlos, pero apenas si se las tenía con el hambre. ¿Qué hacer con aquellas manos que recordaban con tristeza el guante de piel cariñosa, y cómo soportar los detalles, que hacen odiar la vida, el que abarcaba totales y no conocía más que lo dulce de todas las copas? Deseaba conseguir dinero otra vez, no tanto por volver a sentarse en el palanquín en que la envidia, sin saberlo, pasea a los ricos, ni por volver a tomar a su servicio la mano del hada que realiza todos los deseos, como por instruir a sus hijos, especialmente a Albertina, la mayor de ellos, una niña extraña por su inteligencia, su belleza y su carácter.

Era explicable el deseo que tenía de llevar a su hija a la capital a que satinase sus conocimientos, mas no a que los adquiriese, porque él, dueño de una vasta ilustración, estaba trasplantándola a todas horas de su mente a la de Albertina, que la tenía muy amplia y luminosa. Cuanto brotaba de los labios de su padre lo repetía después y siempre, como la página consecuyente, lo que un día se le confió con tinta muy negra.

Hacia mucho tiempo que habían pasado de las fiorituras infantiles y rosadas con que generalmente se despacha a las mujeres, y entrado en los rieles de una verdadera educación. Pero era el caso que Albertina dejaba abiertas con más placer las puertas de su espíritu a todo lo fantástico y fabuloso que a lo razonado, y de repente, en mitad de la más grave y real conferencia, dejaba escapar el pensamiento a que retozara en los campos del sueño —corzo prisionero que torna a la montaña— y era don Carlos quien tenía que cazarlo otra vez, diciéndole a su hija: Me mirabas sin verme, y me escuchabas sin oírme. ¿A dónde irás con esa imaginación desbordada en invenciones y amiga de embelecarse a cada paso? Eso no te lo he enseñado yo.

No paraba la atención sino en los hechos pirámides de la llanura humana, y se sentía capaz de realizarlos todos; lo feo, lo descolorido y lo vulgar no le merecían una pestañada de pensamiento, aunque fueran cimientos que sostenían una cumbre. Siempre se plantaba de un golpe en todas las cimas su talento confiado y poco analítico. Creía en todo y en todos esperaba, a pesar de cuanto le habían dicho su padre y sus libros; pero cuando un deseo se le rompía contra los filos del desengaño no volvía los ojos angustiados en busca de amparo, sino que le infiltraba vida, enderezándolo y haciéndole caricias, hasta que lo

encaminaba por otra senda en busca del mismo ideal; hallaba cobarde ser el sepulturero de sus propias esperanzas.

Expansiva, de carcajadas argentinas, vibrante y, sin embargo, íntima amiga de la tristeza; el dolor tenía para ella fascinaciones irresistibles, y buscaba el misterio del crepúsculo para darse baños de melancolía. En los libros y en los cuentos doloridos iba dejando caer siempre pétalos de rosas en obsequio a las almas enfermas. Donde los demás hallaban una carcajada ella hallaba un gemido, y lo que la multitud aplaudía lo encontraba odioso por instinto; y de ahí que viviera siempre en topetón con cuantos la rodeaban. Su memoria iba cargada con una muchedumbre de antojos irrealizables, de bisutería de sueños y de visiones creadas por sí misma. —No entiendo tu manera de ser —le decía don Carlos—; te las pelas por pequeñeces, atropellas lo que vale, retienes la forma y descuidas la esencia; es preciso asentar esa cabeza, sacar de ahí tanta chillindrina, y si quieres, hacerle más caso a esos cabellos tan hermosos que la envuelven —y la besaba en la frente. —Déjame, papá —le respondía la joven sonriendo—; cuando sea vieja me comprometo a ser juiciosa. ¿Qué le hace que yo crea que las estrellas son una joyería que tengo en el cielo, que el agua que pasa me va diciendo bonita y que todos me quieren?

Sabía Albertina cómo se toma un imposible azul y se somete a la órbita de la realidad, siquiera por un momento; había aprendido a coger a solas una mentira regada de polvo de oro y a volverla verdad en provecho de sí misma; y la ampliaba y le ponía adornos y vivía en ella con tal sinceridad que, llegado el caso, lloraba si encontraba tropiezos al bordarla, y reía con la felicidad del triunfo si lograba gozar de ella francamente. Eterna convidada al festín que hay perpetuamente en las nubes y al cual no asisten sino los espíritus atormentados, no faltaba jamás a él. Al nacer la habían ungido las hadas con el conocimiento de otro mundo, en el cual vivía cuando se desocupaba en éste y no tenía que barrer, asear a sus hermanos y coser al lado de su madre. Para ella era más dulce llevar una diadema invisible que otra verdadera, y sabía cómo se anda cuellierguida con una en la cabeza, aunque en la tierra no la hubiese llevado jamás, ni nadie la hubiera visto andar así. Rápidamente se ocupaba en las nonadas que la ataban al mundo, lo hacía todo como si manejara una brasa a mano limpia, y en cuanto terminaba la tarea llamaba a una de sus doncellas a que la peinara, se descotaba con un traje de gasa nubada, se plantaba una corona que fulgía en su memoria como un panal de cocuyos, se metía en el coche ondulante, y a rodar por las amplias carreteras del desvarío. — ¡Delicia incomparable! Tú no sabes, papá, qué riqueza es saber echar globos. Cuánto diera una princesa por mi traje rojo, y cómo siento no mostrártelo porque no lo verías.

—¿De manera que estos buenos muchachos del pueblo que te admiran y te buscan no llegarán jamás a tocar la orla de tu vestido?

—De este, sí, señor; del rojo, no —y le mostraba la sencilla falda de muselina—. Porque Albertina la que tú conoces, la que ellos persiguen, quizá se casará algún día con uno de ellos; pero la otra, la que

conozco yo, ésa está desposada con un príncipe de mágica hermosura allá en un país lleno de sol, ríos claros y palomas blancas.

—Pues no le arriendo las ganancias al marido de Albertina la humana; o lo elevas a la categoría del príncipe con quien se desposó tu fantasía o no le tiendes la mano.

—¿Por qué, señor? A los novios les conviene más la aldeana que conocen, que aquella distraída que va por los bosques a tontas y a locas haciendo colecciones de aromas. Ésta que solicitan ellos es risueña, reposada, hacendosa y formal, que es lo que necesitan los maridos de la tierra. Librelos Dios de Albertina la invisible, es una refinada hasta el dolor.

Don Carlos veía que en resumen su hija era como los demás, pues que todos, con más o menos sinceridad, vivimos dos vidas, ésta y la del sueño, aunque vamos despiertos. Lo que sucedía de raro en Albertina era que acariciaba las suposiciones con un entusiasmo rayano en convicción, y ponía tantos colores en la paleta creadora que era preciso enfrenarle la fantasía, si no se quería que fuera al fin a estrellarse contra la peña impenetrable de la realidad. Hasta entonces tenía su razón puesta en firme, tanto, que bromeando con don Carlos llegó a decirle: —¿Me permites enloquecerme un ratito? Cuando vuelva te preparo el café.

Al fin se acostumbraron los suyos a oírle narrar dulcísimas creaciones que nada tenían que ver con lo humano, y la dejaron soñar como se deja a las palomas que vuelen, a ver cómo no trasmontan las serranías que quieran.

Un latigazo, un tropezón contra la verdad la trajo al mundo por muchos días y le hizo olvidar el caleidoscopio encantado; el compañero querido que le había ayudado a echar en él tantas piedras de colores, su padre, murió de cualquier pequeñez, dejando a su mujer y a sus hijos en el más funesto desamparo.

Cómo hirió la luz de la realidad los ojos de la pobre niña; llenos de luces espantadizas miraban a todas partes, como cuando la sorprendía el sol entre el lecho. Y no tuvo tiempo siquiera para plegar sus gasas y brocados, guardar sus joyas, despedir a sus doncellas y besar al príncipe, porque en seguida la pobreza y el deber la remangaron a luchar en busca de lo necesario para no morir de hambre. Ya no más se dividió en dos; fue una sola, otra esclava del dolor y las penas de la vida. Si alguna vez, fatigada por el trabajo material, le abría la jaula de su mente al ave del espíritu, era para hundirla en los recuerdos de don Carlos, o seguirlo a través del eterno viaje.

La imaginación se entristece cuando el cuerpo trabaja perennemente, y por último se duerme; la de Albertina se acongojó, y acurrucándose en un rincón de la memoria no quiso abrir más las alas diáfanas, y se negó a darle a la joven el colorido suficiente para que no se le tomase por tonta, a ella que fuera tan flexible y musical.

Y como las penas viajan en bandadas, ahí venía un nuevo pesar a romper la otra ala de la pobre niña, y otro después a recortarle definitivamente su albo plumón. La madre se resintió de mala salud, y ya no pudo ayudarle más a su hija en el trabajo; y aunque Albertina trataba de hacer el horcón inmovible que desafía todas las fuerzas, tambaleaba a veces y lloraba a solas abrumada por tal pesadumbre. Desconcertada en el choque con la verdad se dio cuenta perfecta de lo que era haber nacido. Y no sabía inventar monedas como inventaba antes diademas; de otras, quizá; pero de estas que van de mano en mano hiriendo el oído de locos y cuerdos con su retintín, impasible; no sabía dónde estaba el árbol fantástico que las producía; era preciso conseguirlas sudando, encalleciéndose las manos, gimiendo a veces de dolor y otras de vergüenza.

—Lo sé —exclamaba—; y aunque estoy lista a pasar por todo, menos por una indignidad, no hallo el modo de ingeniarme para ganar dinero tan fácilmente como lo hacía cuando cruzaba los cielos de la noche recogiendo estrellas a puñados.

Los que ganaron con esta desventura fueron los muchachos del caserío; la hija del señor se les hacía más humana, al parecer; más accesible, más de carne; ya la conversación de la joven era llana, lo mismo que la de las zagalas de la aldea, y no la truncaba de repente como si se le congelara el pensamiento.

—Es preciso, querida mía —le dijo su madre—, que te decidas por uno de ellos.

—Sí, señora; aunque tenga que elevarlo a ser señorito.

—Sueñas todavía con un príncipe.

—Jamás he pensado en él mamá; Albertina, la loca, sí estaba enamorada de uno; pero ella murió.

—Entonces piensa tú en una elección; yo no puedo ni debo negártelo, me siento mal, y...

—Cállate, mamá, que vas a decir un horror —y la joven en vez de dar un gemido, desató una carcajada tapándole con mano temblorosa la boca a la señora—. Es verdad —continuó diciendo—; tengo necesidad de casarme, pero no he podido amar a ninguno de estos hombres como adoraba al príncipe Albertina, mi otra mitad. ¿Los habré rechazado demasiado cruelmente? Quizá; no se puede ver la gloria de la luz sin abrir los ojos.

A despecho de su dolor, envolvió a los mancebos del lugar en una red de encantos, volviendo su voz más húmeda y cadenciosa y dándole las redondeces tentadoras que la juventud le diera a su cuerpo armonioso. ¿Amaba a alguno de ellos, días después? —No, Dios mío, no —decía sacudiendo la cabeza—; todos me son indiferentes; yo no tengo la culpa, mamá.

—Vives por entero, hija mía —respondía su madre sonriendo—; ese otro personaje que llamas tu mitad no ha muerto.

—Sí, señora, créalo usted; esa tonta desapareció aterrada con mis dolores.

—No lo creas, es ella quien te los suaviza; tú no sabes qué cosa es la vida sin esperanzas; y tú tienes muchas y muy raras.

—Pero todas al alcance de los hombres, mamá.

—Te engañas, hija, sin darte cuenta de ello.

—Me das miedo, señora; tú no sabes las cosas en que pensaba mi compañera.

—Exactamente iguales a esas en que piensas tú, querida mía.

Albertina tuvo uno como relámpago de susto, y se quedó mirándose una mano y mordiéndose los labios.

Iba en este recodo del camino cuando llegó a sus oídos el vocerío de las gentes que se las peleaban por una esmeralda; y tanto oyó hablar del lujo que se daba la vanidad, que al fin paró su atención en el rebullicio, pero por mera curiosidad; ¡qué iba a entrar en él la que no tenía ya ni aún las pedrerías del cielo de la noche! Mas, a fuerza de oír comentarios y de ver el vaivén de las joyas, llegó a exclamar: —¡Qué felicidad será tener esmeraldas! ¡A dónde alcanzara mi alegría si aquel vidrio verde que me regaló la abuelita, y con el cual han jugado todas mis muñecas, fuera una esmeralda! ¿Dónde está? Ah, sí, ya recuerdo; es raro que con tanto rodar no se haya perdido. Hay cosas que, como si tuvieran corazón, se obstinan en ir con nosotros, y aunque las descuidemos, tornan a aparecer donde menos lo esperamos, y a veces se vuelven fastidiosas. De esa piedra jamás he hecho gran caso, pero tampoco la he botado deliberadamente; cuando ha estado al alcance de la mano la he tomado, mas no la busco cuando está perdida. Hay algo humano en ella.

Salió en busca de una caja en la cual tenía cintas, cabellos de don Carlos y otras fruslerías veneradas, y sacó de ahí una gran piedra verdinegra, transparente como el agua de las bahías, brillante y de amplio facetaje. —Ahora quien manda es ella —pensó Albertina; y desde el fondo de el alma le pidió perdón, rogándole que, en venganza del abandono en que la tenía, no fuera a tornarse en un guijarro.

—Pero, qué ha de ser esmeralda esto tan grande —dijo mirando la piedra a toda luz—; si fuera, no se la habría dado tan fácilmente la abuelita a una tontuela como era yo... Que si esto fuera una esmeralda... ¡Quién se imagina el bien que nos hacía en nuestro pobre hogar! La madre, mi doliente viejecita, tendría remedios, vestidos, azúcar, leche ¿qué más? la vida, la vida, Señor; y mis hermanos y yo... ¡ah! pues todo eso, y alegría y permiso para correr y reír. Así, mi Dios, puedes comenzar a afinarla, si es un vidrio; deja caer de tus dedos una gota divina en su seno, porque me está entrando una alegría... lo primero que he de traer a casa es... ¿Qué hiciera yo para saber si es una esmeralda?

Albertina salió al sol, y animándose por grados se dio a examinar la piedra, tratando de leerle en el fondo con ojos ávidos si era o no aristocrática su sangre verde; le dio contra un guijarro, miró el cielo a su través, la limpió con la falda cuidadosamente, calculó su peso y trató de mellarla con los dientes.

Como si la hubieran trasladado repentinamente a la región de las nieves, temblaba envuelta en apretada palidez, y fulguraban en sus ojos las luces espantadizas y sugestivas que se los tornaban aún más

bellos. —Lo primero que he de traer a casa... —decía—, lo primero... Ay, no, nada; tal vez un desengaño. Me largo a echar cuentas con un pedazo de vidrio; resulta que mi madre tiene razón: la manía aquella de besar las mentiras y adorar los imposibles no se me ha acabado; y yo que estaba tan convencida de que me había vuelto una mujer muy cuerda.

Pero, ¿y por qué no? ¿Quién me ha dicho que esto es una piedra de baja estirpe? Yo no distingo las esmeraldas; pero se han apoderado de mí un presentimiento, un placer tan extraño y una fe tan hondos, que es imposible que esto sea un guijarro cualquiera. ¿Qué gana el dueño de mi inocencia con ponerme en esta tortura y engañarme después? Mira, tú, ángel mío, ángel que me oyes, si esto no es una esmeralda, con la necesidad tan enorme que hay de que lo sea, es una crueldad del Cielo habérmela puesto por delante. ¡Y qué lindas son las esmeraldas! Ahora caigo en cuenta de lo bellas que quedan las mujeres con esto en el cuello y en las orejas. A ver.

Sacó un pedazo de un espejo de entre la caja y comenzó a probar el efecto de la piedra sobre la garganta y los cabellos. Hubo un momento en que se quedó absorta consigo misma pensando: Si es fina ¿por qué venderla? ¿por qué han de impedir que yo la use? No importa trabajar, si puedo ostentar libremente este asombro; porque la piedra es mía. Y se mordió los labios y pasó una mano con íntima blandura por sobre las mejillas. Su boca, plácida estrofa rimada en rubíes y perlas, sonreía de emoción delante de su propia frescura; se velaron sus ojos por el sosiego del éxtasis que se producían a sí mismos; la blancura de la tez, que la juventud había sonrojado con mañosa dedada de carmín, tomó la extrahumana palidez del marfil, y su pecho, combado en curvas ingenuas, se levantaba apresuradamente, a medida que se esponjaba dentro del corazón el orgullo de ser bella. Simbolizada en la piedra verde, la esperanza coronaba aquel brote de hermosura, alumbrando con luz serena la noche rizada de los cabellos de Albertina. Mirándose en el espejo emprendió otra vez una excursión al lado del príncipe de mágica belleza, por las praderas del país lleno de sol, ríos claros y palomas blancas. —Tonterías —dijo de pronto—; vuelvo a las andadas, y eso me enferma ¡Qué frío tengo, y cómo palpita mi corazón! ¿Acaso había oído a Luis que me llama llorando? Pero, verdaderamente, qué linda es esta esme... quiero decir este vidrio. Voy en el instante, amor mío, no llores.

Y sin embargo, no podía moverse del mismo punto; la piedra la detenía con fuerza casi material. Se desató el corpiño, y asentándola alrededor del pecho decía: —Un collar que tuviera una... dos... tres... Hay ángeles que dizque tienen los ojos verdes; y esta piedra me mira con profunda curiosidad. ¿Será el ángel de mi guarda que me está diciendo que soy rica? Habla, adorable mensajero; habla, te estoy oyendo.

—¡Vas a dejarme morir de hambre! —le gritó Luis llorando.

—Ay, de veras.

Se le incendiaron las mejillas, se cubrió el seno y guardó rápidamente la piedra y el espejo.

—¿Dónde estabas, hija, que te he llamado tanto? —le preguntó su madre con voz desalentada.

—¿Yo?

No dijo más; tenía vergüenza de la señora y miedo de sí misma. Se había dormido con los ojos abiertos durante una hora.

Burlándose más tarde de su esperanza fingió, o creyó que olvidaba su antojo, y se ocupó en un quehacer de su vivienda, remansada y tranquila su mente; mas a poco empezó a cansarla el esmero con que solía enredar las hebras de los encajes que vendía, y tornó el guijarro con luz pertinaz a parpadear en su memoria; era una llama verde, de tonos cambiantes, como las pupilas del gato en la media luz. —Pero, Señor, ¿por qué te complaces en atormentarme así? —exclamó botando el encaje—. Si no es ¿a qué hacérmelo creer? ¡Qué calamidad es no poder olvidar esto! Estoy enferma de fulgores; una red de collares verdes me está prensando el corazón.

—¿Qué decías, hija mía?

—¿He dicho algo, pues?

La señora la miró con fijeza. —Estabas hablando.

—Ah, sí. Me preguntaba qué era esto.

Y trajo la piedra para mostrársela a su madre.

—Un vidrio, simplemente, niña.

Albertina salió al sol otra vez e hizo con la piedra lo que antes hiciera y durante dos días la llevó entre el seno de donde la sacaba a escondidas para mirarla en honda meditación o decirle desesperada: — ¡Maldito sea el dije tan fastidioso! Voy a molerlo entre dos piedras, a ver si no me martiriza más.

Aquello no sucedió, porque, para alivio de la tortura de Albertina, se presentó en la aldea un negociante de esmeraldas que iba desalado a explotar la inocencia confiada, sin figurarse que el inocente era él, otros más avisados ya habían regado sal por allí, y sólo iba a encontrar residuos de poca monta. No había más sino que fuera a que la sacase de dudas ese señor tan amable que venía de la ciudad. Esa era otra ¿cómo presentarse al forastero personalmente la hija del señor de Casablanca? ¿Enviar la piedra con alguien? — No, no —pensó Albertina—, eso le quitaría el mérito—. Presentada por ella misma sería una joya. Su convicción llegaría al alma del forastero; con el deseo le traspasaría el pecho; sus ojos le prestarían luz para ver una riqueza en el pedazo de vidrio; viviría en él un momento; se sentía capaz del milagro de una unificación. Pero, ¿cómo salir a buscar al negociante cuando ni siquiera tenía calzado? Ella, como todas las mujeres de su raza, mimaba sus pies con delirio; bien sabía que es el pie la parte del cuerpo que más siente la nostalgia del poderío extinto; el suyo aparecía por debajo de la fimbria de muselina tímido para asentar en el suelo, avergonzado, con frío y relatando, mejor que la boca más inteligente, un pasado de esplendor. Llamar a su casa al forastero, menos. La desgracia tiene las mejillas florecidas en sonrojos.

Resolvió entrar en averiguaciones con los vecinos, pero a ellos se les alcanzaba tanto de piedras finas como a la joven, y hacían cada comentario; cual juraba que el chisme era astilla de una botella, porque si tal no, ya anduviera en poder de un rico —ya sabéis que la plata llama plata—. Otro que tal, apostaba su cabeza contra un centavo a que aquello era una alhaja valiosísima, porque un cabello se quedaba prendido de ella al acercárselo por la raíz. Y no faltó quien mediara estas opiniones, diciendo que no era tan despreciable como las que se pisan en la calle, ni tan fina como para codearse con las de la custodia de la iglesia. Y Albertina se quedó como estaba, pero prevenida, eso sí, en contra de los que habían dicho que su prenda no merecía la pena de cargarla. Venir a decírselo en su cara, cuando había necesidad imperiosa, obligación de que aquello fuera una esmeralda; cuando todas las circunstancias a una estaban como facetando la piedra y clarificándole las aguas verdes que llevaba en el seno; y, más que todo, cuando la joven estaba convencida de su fortuna y de que con ella salvaría a su madre. —No se puede perdonar la mala intención de algunos. A los buenos amigos que han fallado en mi favor he de pagarles con largueza la piedad de creer conmigo.

La madre estaba tan mal que la joven resolvió no importunarla más con cavilaciones y esperanzas, y una mañana se levantó resuelta, pero temblorosa de emoción; a despecho de su señorío y de sus bellos pies desnudos quiso hablar con el forastero. ¿No era peor que su madre fuera acabándose a ojos vistas por falta de un remedio? Comadreado aquí para disimular el susto, charlando sin concierto allá, poco a poco, como el que quiere y a la vez no, se fue acercando con un hermanito a la oficina del desconocido, sin pensar en lo que haría cuando aquél se riera de su ignorancia.

Al ver Francisco, que así se llamaba el negociante, tan hermosa criatura, creyó que iba únicamente a embelesarlo con sus ojos misteriosos y raros llenos de luces espantadizas, y no pensó por un momento en que anduviera de ventas ella tan humilde, al parecer, y doliente de vestidos. Diciendo para sí, bienvenida seas, se colocó rápidamente en su puesto de don Juan, haciendo el seductor irresistible.

Alelada Albertina y ofendida de aquel recibimiento, sintió que la sangre, como expulsada del corazón, se refugiaba en las mejillas, y que una bola de hierro aquietaba su lengua. Fue a decir que era honrada, y no pudo; quiso correr, y tampoco; se quedó mirando a Francisco: primera vez que contemplaba de frente una llaga. —Cuántas plumas le faltan a este serafín —pensó él—, ¿se da mayor franqueza? No habrá que luchar con muchos zarzales por este camino; y lo siento, es tan dulce lo que mucho cuesta.

Al fin pudo hablar Albertina, pero ahora el orgullo no se lo permitía, recordándole que no era con palabras con lo que debía defenderse sino con un bofetón de silencio. Y, sin embargo, era preciso iniciar la venta de la piedra; la madre se moría. ¿Tiene usted la amabilidad de decirme qué es esto?

—¿Esto?... Esto es... lo que tú quieras que sea.

La joven no entendió la transparencia de la frase y respondió apresuradamente: —Una esmeralda, sí señor, una esmeralda.

—Mejor así, garza adorable, porque a la entrada nos hemos entendido.

Y haciendo cabrilleos de agua y sol, comenzó a deslumbrarla con el áureo centelleo de una vida de soberana. Entonces entendió Albertina el veneno de la respuesta, y se recogió entre sí misma, como la torcaz que al arquear el cuello por sobre el nido ve un halcón.

—Esmeraldas de ese tamaño te daré cuantas quieras.

Un mundo nuevo de infinitos halagos, apenas maliciado por ella, se extendía delante de sus ojos, ofreciéndole salud para su madre, alegría para sus hermanos y felicidad para todos. Podía, si quisiera, volver a ganar la gradería por donde bajara su padre azotado por la miseria, columpiarse otra vez en el viento de la noche y seguir detrás del príncipe amado, por el país lleno de sol, ríos claros y palomas blancas. No aceptar era darle, a sabiendas, a la bola de la felicidad con el pie.

La lengua de Francisco se multiplicaba haciendo escarceos, hasta que la tentación vino en su ayuda, entrando suavemente al corazón de Albertina, la cual decía para sí misma: —Si no es esmeralda lo que yo traigo... Él habla de un palacio y un carruaje, y... si no es esmeralda... Oh, miserable, tampoco. Prefiero el vidrio. Quiere decir que en casa vamos a perecer todos de hambre. Aún no estás muerto del todo, padre mío.

Cuando el comerciante creyó que ya no había más rosas que deshojar, se irguió la joven con aire de culebra parapetada sobre sí misma y le preguntó secamente: —¿Tiene la fineza de decirme qué es esto?

Ofendido el otro, resolvió vengarse a cualquier precio, y contestó examinando la piedra con indiferencia:

—Un vidrio.

—¡Qué dice usted! ¿No es una esme...

—No, pero lo dicho; si quieres lo elevo a la categoría de esmeralda; te doy por el lo que me pidas.

—Gracias, mas ¿cómo consentir en que dé usted oro por piedras ordinarias?

—Peor para mí se pago bien la tuya.

—Y para mí.

—¿Y si yo quiero a todo trance comprarte ese vidrio?

—Quiere decir que se empeña usted en probar que es un tonto de remate.

Convencido Francisco de que la joven estaba abroquelada detrás del escudo de oro de la honradez, resolvió prescindir de ella, y quedarse a todo trance con la alhaja; pero Albertina se negó a venderla, creyendo que Francisco insistía en hacer del guijarro una esmeralda para tornar en guijarro la esmeralda de su virtud. Las melosas frases de la entrada le echaron a perder el negocio al forastero, el cual hacía maromas de razones, tratando de convencer a la joven de que debía venderle aquella bujería, valiera o no. ¿Qué le importaba a ella que él se engañase a sí mismo? Se tuvo Albertina en lo dicho y no aceptó precio ninguno.

Francisco entregó la piedra con la mortificación del que entrega por fuerza un tesoro; y para desilusionar a la joven de que era dueña de uno, volvió a la carga amorosa. —Créeme, niña, si los azabaches entraran también en moda, yo diera por tus ojos una fortuna.

—¿Y por usted cuánto dieran, si los necios se pusieran en auge?

—¿Cómo te llamas, soñadora incomparable?

—¡Pero qué repelente es usted!

—¿Dónde vives?

—¡Idiota! Adiós.

Tuvo Francisco el valor suficiente para ver que la piedra se alejaba; Albertina era lo de menos. —Quédate allá encerrada en tu ajimez, sultana melindrosa.

Pero era preciso correr detrás de aquella garza flexible y arisca que había ido a embelesarlo con una extraña pluma negra. —Yo te arrancaré esa pluma, aunque no me dejes besar tu cuello blanco. ¡Qué esmeralda tan bella! —y se quedó mirando a la joven que se alejaba.

Verdaderamente, no le fue difícil saber lo que deseaba, porque cuando dio las señales de los ojos de la joven le dijeron cuantos le oían:

—¡Gran trabajo! Esa es Albertina, la hija del señor de Casablanca; aquí no hay sino ella que los tenga así; por más señas, vive a la salida del pueblo en una casucha toldada de flores.

Francisco se frotó las manos con íntima satisfacción y aplazó su empresa para el día siguiente; no se fue detrás de la joven, temeroso de que su afán la pusiese al corriente de lo que a todo trance quería ocultarle.

La pobre niña sopló sobre las cenizas de su esperanza, abandonó el deseo de aprender a distinguir las piedras finas y guardó el guijarro; ya no tenía qué alegar en su favor, todos estaban acordes en que disvariaba. —Sí, es un vidrio, pero... Nada, es un vidrio.

¿Qué hacer al día siguiente?

La madre se agotaba; esa voz antes llena de ondulaciones de ternura se tornaba en un gemido hondo, donde la fuerza ya no alcanzaba a hacer vibrar la música de la vida. Faltaban esencias para reanimarla, faltaba abrigo, ¿qué más? El valor para esperar el mañana. Y los hombres empeñados en sostener que la piedra era falsa.

La situación de la señora era clara, definida; se medicinaba o vendría la muerte a brindarle su gran remedio en la copa consoladora; pero no era asunto de esperar días para ponerle remate.

A eso de la puesta del sol se recostó Albertina a un cercado de su huerto a mirar donde cayeran sus ojos; a vagar en tinieblas en medio de tanta luz. Jugando maquinalmente con una de sus trenzas le daba vueltas en un chamizo y tornaba a desenvolverla, puesta la mirada en la agonía del sol que, semejante a la

de Jesucristo, dejaba en torno del sepulcro cendales untados de sangre; Albertina no los veía, ni cayó en la cuenta del último suspiro del astro, ni en el florecimiento de estrellas con que se engalanaba el cielo, ni en que oreaba su frente abrasada el rocío de la noche.

Viajaba. Viudo el cuerpo, aguardaba junto al cercado a que volviese el alma.

—Esmeraldas de ese tamaño él me dará a montones... —dijo en voz muy baja—¿Qué haces ahí? —le preguntó un niño que la buscaba. Dio un grito de susto, como si la hubieran sorprendido cometiendo un crimen, y salió corriendo.

—¿Qué te pasa, hija, que tiembles de ese modo? —le preguntó la señora, cogiéndole una mano con ternura.

—Nada, mamá —le respondió llorando y dándole hondo abrazo.

—A ver, paloma, dime qué te duele.

Me duele tu amor, mamá, el recuerdo de mi padre, me duele mi juventud, y me duelen todas las cosas; tengo miedo de todo. Y miró a su madre con ojos atormentados por luces tenebrosas.

—Oye, llora cuanto quieras, pero no grites; tú tan dócil, tan amorosa...

La señora se puso las manos en la cara, y dos lágrimas rodaron por su escuálido semblante.

Sentada Albertina más tarde frente a la luz del hogar, estableció otro diálogo entre su pensamiento y la llama que parecía sostenerlo atentamente, quedándose quieta a veces como el que oye con cuidado, y moviéndose después para acá, para allá, en lento cabeceo, cual si le desaprobara algo al pensamiento de Albertina. —De ese color que tienen ahora los tizones son los topacios; cuando se pongan rojos serán rubíes... Hacen bien las mujeres en adornarse con joyas, ¡son tan lindas! ¿Cómo andarán ahora con esos collares verdes? Tengo un deseo profundo de ver en el pecho de una mujer bella uno así... Yo envuelta en pieles, hundida en un carruaje acolchonado de seda azul... Mis cabellos son muy negros; mis dientes, el embeleso de mi padre, son blancos y armoniosos, y siento que mis ojos son bellos de una belleza extraña... Pero, ¡pobre juventud mía! Ese hombre no se parece al que yo esperaba; si lo amara sería con rabia; lo querría odiándolo... Y sin embargo, tiene muchas esmeraldas, me envolverá en gasas, y mi madre se levantará...

Los niños dormían en torno de Albertina, la miraba la señora rezando en voz baja, y Satanás vacilaba en dar el salto por sobre aquel nimbo de inocencia; el halo de corazones que rodeaba a la joven la defendía aún.

A media noche se acostó al lado de su madre, pensando gravemente si la dejaba morir o no; en la joven residía el poder de devolverle la salud; quién sabe si aquel ser querido no estaba resignado a abandonar a sus hijos todavía.

La memoria de Albertina andaba por todos los caminos donde honradamente pudiera conseguir siquiera fuese insignificante ración, y todos los encontraba cuajados de ortigas y espinos. ¿A dónde ir sin más arma que su inexperiencia, y qué hacer con esas manos hechas por el destino para pasar tenuemente por sobre todo, sin dejarse tocar por la brasa de un cayote?

La idea de pedir limosna cruzó su mente, haciéndola rebotar en el lecho. —¡Jamás! —comprendía que este recurso era perdonado y tal vez glorificado; pero ella venía de gentes que lo hubieran hecho todo antes que eso. Mil veces hundirse en un piélago de oro, aunque tuviera que dejar la túnica blanca en la ribera; era más doloroso dejar su orgullo, jirón por jirón, en los zarzales de la mendicidad.

Pedir limosna sería todo lo abnegado que los demás quisieran, pero otra cosa era pedirla; eso no era posible para la que no tenía carne amasada con la pasta de que han sido hechos los santos, ni la sangre fría de la indiferencia; además, allí estaba la altivez de su raza que, buena o mala, era precisamente su distintivo. Todo el ser de Albertina rechazaba la mendicidad; más bien le abría los brazos a la muerte. ¡La muerte! Qué concepción tan extraña para dejarla caer en su mente. ¿Cómo se puede apagar el incendio querido de la vida, hundiéndolo en el pozo del silencio, cuando apenas comienza a hacernos sentir su grato calor? Su cuerpo no tenía la culpa de ser bello, para entregárselo a la tierra antes de que ella lo reclamase; el corazón no era responsable de sus latidos y de sus cosechas, porque no le habían puesto más oficio que latir y florecer.

Ningún desengaño de los que vienen envueltos en arreboles de vergüenza la obligaba a llamar espontáneamente a la puerta del olvido. Matárala el cielo, y aceptaría resignada; pero matarse ella... no, no, carecía de valor para reventar el collar que formaban las dieciséis perlas de su juventud; ahí se lo dejaba, aunque tuviera que seguir ensartando piedras negras. Las saetas que el dolor le había lanzado hasta entonces la habían herido, pero no dejándola rendida a las orillas del camino; y aún no estaba rota en ella la fuerza misteriosa que empuja a los hombres diciéndoles: anda, anda, que detrás de aquella colina toparán con la encarnación de tu sueño. Quería vivir, y rechazó el ofrecimiento que le hizo la muerte. Era una injusticia deshojar botones sobre las tumbas; si las flores hablasen ya hubieran suplicado que no atropellaran así su corta existencia. —Ya sé —pensaba Albertina— que la vida es cruel y que la tristeza es la sombra de la alegría, pero... ¡dicen que soy tan bella!

Esta reflexión se estrelló enseguida contra el ceño adusto de amarga realidad. ¿Y para qué esa belleza, si no había brocados, ni siquiera tímidos linones, para presentársela a los hombres? ¿A qué tanta vida, si estaba condenada a pasarla entre una prisión? Odioso martirio. Las alas y el espacio debió hacerlas Dios el mismo día.

Y, después de todo, alas tenía, y espacio en qué tenderlas le había ofrecido Francisco. No volaba, porque no quería.

—Ven a acostarte —le dijo la señora.

—No tengo sueño; hace días que no duermo, vas a verlo.

Verdaderamente nada ganó con que su cuerpo cayera laso y cansado sobre el lecho, porque el espíritu no quiso aplacarse bajo el peso del sueño, y rechazó el opio que éste le traía en un cáliz de amapola. ¿Cómo esperar que el ánimo de Albertina se doblara aletargada con el cuerpo, siendo la más independiente de la carne y obligando a su dueña a que soñara a todas horas entre la multitud y a la luz del sol? Y menos en aquella noche, llena de visiones y de afectos encontrados. El espíritu de Albertina trabajaba siempre como las ruedas esclavas de la codicia; perdido siempre entre su mismo laberinto no acertaba jamás con la última puerta; y dormida la joven, muchas veces de noche remataba los cuadros que esbozaba durante el día.

Viendo que luchaba en vano por atrapar el sueño se levantó y tornó a sentarse frente a la llama, apoyada la barba en una mano. —La verdad es —pensó— que yo anduve hoy precipitadamente; me sublevé demasiado pronto contra los galanteos de aquel majadero, y no tuve la maña suficiente para sacarle al fin si esto era o no una esmeralda; digo mal, una esmeralda es; quiero decir, sin hacérselo cantar a él; porque lo que es saberlo yo, vaya si lo sé, pero necesito que los hombres lo confiesen. Y creo que esto no es una piedra despreciable porque... porque sí, porque hay dentro de mí una voz que me lo grita. ¿Quién la da? No sé, Dios, mi deseo, la necesidad, alguien. Ahora, lo que importa es que el mundo lo confiese. ¿Cómo lograrlo?

La mente de Albertina echó a volar por el vacío y a tocar a la puerta de todos los medios humanos para realizar su preocupación, y a la de todos los imposibles. Como ella descifraba a su manera los enigmas con que topaba, y había alumbrado con luz ficticia los caos de la vida y cruzado cielos en una pestañada, iba y venía con la memoria en solicitud de la ansiada manera de hacer lucir la piedra en todo su esplendor. —Lo consigo o me vuelvo loca. ¿Por qué dejarse burlar así del destino? ¡Cuántos relatos andan por el mundo, en que todas las dificultades se rompen y donde se salvan todos los abismos, y en los cuales lo negro aparece blanco! Libros en cuyas páginas nada es imposible sino todo natural y hacedero.

Se quedó silenciosa largo rato, al cabo del cual volvió a decir con misteriosa sonrisa: —Supongamos que yo me durmiera... Ay, ojalá; el sueño me tomó inquina, y es más fácil alcanzar una águila que mis ojos cogerlo a él... Supongamos que yo me durmiera y que soñara... Veamos qué. Para eso de soñar soy muy diestra y sé confeccionar un sueño maravillosamente, aunque los sueños no me hayan producido otra cosa que tristezas; los dorados, al menos, tienen su equivalente en una piedra cada uno en este mundo. Pero, en fin, es una suposición: Que me durmiera y que despertara con el convencimiento profundo de que soy rica. ¡Gran novedad! Ese convencimiento lo tengo desde ahora. Entonces, así: Que despertara con los medios de probar que soy rica. ¡Poca cosa! esos medios los tengo, y de nada me han servido. De este modo, pues: Que alguien despertara convencido como yo de que soy rica. Eso sí. ¿Pero quién? Claro, el odioso forastero de

esta mañana. ¿Y cómo? Allí, oh, cielo, allí está el rompecabezas; ayúdame a no romperme la mía y a salir airosa.

Voy a arreglar una novela en que realice mi deseo. Así como así para mí el goce es igual y lo mismo las cosas vistas que las supuestas...

En esa novela he de aparecer dormida, como tantos personajes que se duermen por antojo del autor, y que en mitad del sueño logran lo que no pudieron despiertos. En el mío me confiesa el aborrecido negociante de joyas que la mía lo es y que vale demasiado; y al despertar corro donde él y... Pero, vamos con juicio: arreglemos un sueño trágico, bonito, y adornémosle con las vaguedades del caso; que principie, como todos, de repente y con un olvido absoluto de lo real.

Albertina onduló el cuello como para hacerlo descansar mejor sobre los hombros, se enjugó algunas gotas de sudor que habían aparecido en su frente, le buscó al cuerpo una posición cómoda y tomó la gravedad de uno que va a entrar en batalla. —Bien —dijo sonriendo—, así, más o menos, debiera principiar mi sueño, si yo me durmiera.

## LA NOVELA

“La piedra verde se dilata, formando una serpiente que mueve a voluntad su coraza de escamas hecha de piedras finas. Tantos fulgores trenzan figuras movedizas, reentrantes y salientes a la vez, que se desvanecen en la sombra, dejando un enredajo de listas rojas. El monstruo está tendido a la entrada de un salón desnivelado, a manera de rampa, donde se ve una mesa tendida de albo mantel, llena de témpanos de nieve, vinos de colores y palomas asadas que arrullan dulcemente llamándonos a mis hermanos y a mí a que tomemos parte en el festín. Unos esclavos negros adornados con chagualas y aretes de oro surgen de las paredes, cargados de cestos con carnes doradas y frutas bañadas en carmin. Una mujer muy bella y muy triste que yo no he visto jamás, y que sin embargo es mi madre, se coloca a la cabecera de la mesa llamándome con afán; mas al dar un paso la serpiente alza la cabeza y me hace retroceder. El hambre de mis hermanos y el que me mata a mí es un dardo de fuego atravesado en el estómago”. Bien, bien, así; palabras arriba, palabras abajo, y colores más o menos, principian los sueños de la clase del mío. Nadie dirá que me quedo corta en invenciones. Pero, cosa rara, este principio me duele, porque metí a mi madre en la danza, y su amor me tiene hinchado el corazón. ¡Que no pueda yo acostumbrarme a separar lo fingido de lo verdadero! ¿Y que hacer? Sigamos:

“De repente se me olvida todo aquello de la serpiente y me encuentro sentada en la cumbre de una montaña, viendo cómo pasan las horas lentas, una tras otra, negras, odiosas, y cómo desfilan pausadamente

a perderse en las brumas de la eternidad dejando cada una un mal pensamiento en mi corazón contra la justicia del Cielo.” —Sí, sí —añadió en voz alta—; porque yo tengo un resentimiento con Dios, Él sabe cuál es: me dio un barco y me negó el mar; me enseñó a apreciar la dulzura del terciopelo y se contentó con regalarme lienzo.

La joven prosiguió así su invención: “Cuando menos lo pienso, pasa por junto a mí la madre adorada, vestida de crespones enlutados, y tan indiferente conmigo. La llamó con un gemido insonoro, porque la voz se muere al despuntar en mis labios, y ella se detiene para decirme: —Me vuelvo contigo, alma mía; dentro de poco tendría con qué abrigarme, colocándome al amparo de la luz que cobija a los bienaventurados. Pero, ¿cómo dilatar mis miembros a ningún calor, ni probar de miel alguna, si te quedas tú y se quedan mis pequeños hijos tiritando?” —No importa, señora querida; vete, con tal de que seas feliz —añadió Albertina tendiendo los brazos hacia su madre que descansaba en el lecho—. ¿A qué sufrir más? Vete, que yo me resigno, sabiendo que cruzaste la puerta del Cielo.

—¿Qué dices, hija? —le preguntó la señora, asustada.

—Boberías, mamá. ¿No me conoces, pues? Duérmete —respondió la joven enjugándose el llanto a escondidas.

Vuelta al desvarío: “—Es que te obstinas en sufrir, y sin embargo te quejas —dice una voz con dejos de flauta saliendo de entre un bosquecillo—. Vuelvo los ojos, y topan con los de un hombre que los tiene tan grandes y bellos como si viniera perseguido por el terror de un abismo. Y me dice: —Soy el príncipe del país lleno de sol, ríos claros y palomas blancas. Ven a descansar, mi dulce compañera. Yo tengo un castillo en la cima de una roca, y dentro de él todo el refinamiento de una vida de ensueños. Ven, ven; te haré dueña de mis tesoros y de mi corazón. Tengo luces azules y blancas que arden siempre en lámparas de oro. —Oh, sí, amado mío —le contesto—; no dejes que me bese un hombre en la tierra, pero no me beses tú tampoco todavía.

Entro a las salas de la enhiesta mansión. Las estatuas de bronce y de mármol se inclinan a mi paso y me dicen: ¡hermosa! Unos pajes blondos y alados, como enormes mariposas, botan puñados de flores a mis pies, y por sobre las alfombras del pavimento va un reguero de pájaros picoteando esmeraldas. Las columnas no tienen fin, el capitel se les pierde en las nubes, y de allá descuelgan una cascada de madejones y caireles de plata cincelada. —Todo es tuyo, como son mías tus caricias —me dice el príncipe, abarcándome el talle con los brazos.

—No, todavía no, deja que venga mi madre —le respondo, amparándome el seno a dos manos. Dame agua”. Casi nunca falta la sed en un sueño de estos.

—“Aquí hay un perfume que embriaga y mata como el cloroformo. Tus ojos son muy bellos, mis brazos se desmayan... ¡Déjame salir, por la Virgen!”

—¡Socorro, madre mía! —gritó Albertina, tan reciamente que la señora se enderezó asustada—. ¿Qué pasa, niña?

—Nada, señora —respondió la joven mirando a todas partes.

—Pero, ¿qué haces ahí? ¿Por qué no vienes a acostarte?

—Porque no tengo sueño, mamá.

—Pero tienes miedo, veo que tiembles.

—Eso es distinto, y el miedo no se acaba acostándose uno.

Y después en voz muy tenue: —¿Dónde iba en mi novela? Ah, sí: “Corro precipitadamente por unas escaleras que se hunden en el seno de la tierra, hasta que llego al campo libre donde me encuentro con otro mozo moreno, igual en el plantaje a los muchachos de la aldea. —Déjate de príncipes, zagala esquiva —me dice con ternura—. ¿Qué harás corriendo detrás de un imposible? Ven conmigo, y te regalo nidos de pájaros, flores del monte que nadie conoce, y agua de una fuente donde no han bebido sino los venados y las torcaces azules. Porque tú tienes mucha sed, ¿no es verdad? —Sí, sí; dame de beber, pero no me llesves contigo. ¡Qué dulcemente suena ese arroyo! Oye cómo hace gorgoros en las piedras. Tengo un incendio en el pecho.

De entre las toldas de los rastrojos comienzan a salir hombres, jóvenes todos, que vienen a ofrecerme carambanos blancos en frías bandejas de plata, a cambio de un beso. —No, no—; y torna a correr, pero me detengo, porque una mano invisible y tenaz me sujeta. Inclinado el cuerpo hacia adelante, no puedo arrastrar los pies que se niegan a dar un paso, y si logro uno, retrocedo dos. Una maza puesta sobre el corazón me impide respirar, y me pesa la lengua como si se me hubiera petrificado. Al fin doy un suspiro de alivio y me volteo entre el lecho. Mi madre, que indudablemente lleva con afán el curso de la atroz pesadilla, me enjuga el sudor con infinita ternura, pero no me despierta, porque eso dicen que es peligroso. Casi enseguida me encuentro barriendo torpemente la alcoba de mi madre, que me mira con apacible sosiego. Yo esquivo la cara, llena de latigazos de vergüenza, porque si antes salí victoriosa en la lucha, no espero triunfar siempre de los hombres que me persiguen; verdad que estaré resuelta a defender como pueda las flores de mi honra, pero no juro vencer otra vez; tengo miedo y los hombres no quieren darme agua sino a costa de un tesoro.”

Albertina se levantó a buscar agua, que bebió atragantándose, y volvió a la cavilación.

“Llaman a la puerta. Al abrirla dejó caer la escoba, viendo entrar a una mujer que me desconsuela con su belleza. Pálida, fina, de ojos doloridos y misteriosos, envuelta en un manto blanco bordado de ramas de trigo. Atraviesa la estancia sin tocar el suelo y se inclina sobre mi madre a darle un beso.” Albertina se estrechó el corazón a dos manos mirando con angustia a la señora que dormía.

“—¿Quién eres tú tan melancólica y tan bella? —le preguntó—. ¿La muerte acaso? No, es imposible.

—Mira que sí.

El cándido fantasma se desvanece, dejándole su puesto a un esqueleto cuyos dientes son de esmeraldas y del cual suenan los huesos como una sarta de cascabeles. ¡Yo me lanzo hacia mi madre!...”

Y como lo dijo lo ejecutó, cogiendo de un brazo a la señora.

“—¡No te la llevarás!

—¿Qué harás con ella aquí, sino prolongar su dolor? —me responde el esqueleto—. Yo la llevo a una región donde hay manantiales de leche y torres de pan.

—Déjamela, que yo también le conseguiré todo eso, y la vestiré de gro y la sentaré en un sitial de flores; me adornaré para ella todos los días y me moveré de rodillas a su derredor. Vete, vete; me comprometo a darle la mitad de mi vida —la sonora armazón de huesos sonríe con blanda tristeza y desaparece por un ángulo del cuarto.”

—¡Ay, hija, que me haces daño! —dijo la señora abriendo los ojos atónitos— ¿Qué es eso? ¿Por qué me estrujas así?

—Perdón, mamá; creí que estabas bajo el tormento de una pesadilla.

—Si lo estarás tú, más bien...

—No, señora. Duérmete otra vez.

Busca la mariposa la candelada que la atormenta; así volvió Albertina a tomar el hilo de su creación: “Sigo barriendo y arrastrando en la basura una infinidad de esqueletillos que se resisten a salir; son mis hermanos que me piden alimento y que me señalan los rotos del vestido que llevo, por los cuales asoman las angélicas curvas de mi juventud.

La sed sigue estrechándome entre un círculo de fuego y poniéndome a la vez la dulce tentación de una fuente por delante. Sin embargo, resisto mucho tiempo, corriendo desalada por regiones desconocidas y cruzando ríos inmensos con un salto leve, hasta que un día tropiezo con un hombre desconocido que está sentado debajo de un parral comiendo pámpanos que apagan la sed y llenan de alegría el corazón. —Te doy las uvas que quieras —me dice—, y me dejas arrancar de tu pecho lirios y margaritas a mi antojo.”

—¡Qué malos son los hombres! —gritó Albertina en el silencio de la noche.

—¿Por qué, hija? —le preguntó la señora.

—¿Estás despierta? Duerme no me hagas caso.

—Cómo no hacértelo, si te veo temblar y oigo que lloras.

—Lo de siempre, mamá: *un globo*, pero *un globo* enorme. Tú tenías razón cuando me dijiste que mi otra mitad no había muerto.

—Esas son tonterías, niña; ven a acostarte.

—No tengo sueño.

Y luego: “¿Qué hacer? ¿Le doy mi corona adorada a este hombre? ¡Por uvas, jamás! Son una pequeñez; y eso que desde aquí oigo sonar con voluptuoso tormento una fuente que rueda, botando chispas blancas y peinando los carrizales que se bañan en ella todo el día; pero mis azahares valen más que agua, valen la salud y la vida de mi madre, y la alegría de mis hermanos. —¿Me das esmeraldas y perlas? —le pregunto desesperadamente al desconocido.

—Cuantas quieras —responde él. —Sea, envenéname la frente y los labios con tus besos—. Y después: —Vete, desventurada hermosura; ya eres rica.”

—¡Horror! —dijo Albertina en voz baja para que no la oyese su madre, y escondiendo la cara entre las manos—. Yo, rica, a costa de mi honor, qué vergüenza, Virgen María... ¡Pero he salvado a mi madre!

“Corro enloquecida —siguió pensando—, y me encuentro la pobreza como una vieja horrible sentada bajo el alero de mi casa. —Ah, maldita —le digo—; ¡me obligaste a sonrojarme cuando miré al Cielo! Voy a ahogarte en tu misma obra—. Y comienzo a botar sobre ella esmeraldas, perlas, monedas, gasas, liras, flores y viandas. Pero me sucede que esta venganza no me satisface; me deja el dolor de vengarme a costa de un tesoro; soy el padre que, azotando al hijo, se azota a sí mismo. Siento clavada en mi pecho la flecha que he disparado sobre la miseria.

Rica en cambio de mi gran riqueza, el orgullo de la cumbre se me entristece, y mi dicha de ser bella dobla la cabeza como una flor enferma. La vida se me antoja demasiado larga; y aunque he salvado a mi madre de la muerte y encaminado a mis hermanos por las veredas del placer, recuerdo con nostalgia de virtud la casa mullida de harapos blancos, que desapareció envuelta en las llamas del pecado. Entonces sí pienso con envidia en la castidad de las tumbas, pero me parece inoficioso pedir refugio en ese techo amigo, estando empapada por las lluvias de la noche. A buena hora voy a hacerle el presente a mi Creador.”

La joven lloraba con honda desolación, como si realmente hubiera tenido que vender su corona de azahares. Había olvidado por completo que todo era un delirio, y juraba cualquiera al verla en ese momento que le habían roto las alas.

“—Príncipe mío —decía ahogada en lágrimas—, ¿por qué no viniste a defenderme? ¿Por qué no me llevaste al país lleno de sol, ríos claros y palomas blancas, antes de entregarle mis macetas niveas a un desconocido, en cuyo pecho no vi la llama del amor generoso y valiente que arde en el tuyo? ¡Te consagré mi existencia, y me abandonaste en la suprema hora!”

De ahí en adelante no pudo Albertina establecer separación entre la verdad y lo fingido; su voluntad quedó definitivamente sometida a la fuerza de la fantasía, y se dejó llevar por el engranaje de sus mismas ideas, convencida de que marchaba por la tierra, y no de que estaba recostada al canto de una nube.

“—Me encuentro —siguió diciendo después con voz desolada— en el balcón de un palacio a cuyo pie se extiende una ciudad populosa, velada por una niebla gris, y en la cual se ven torres vencidas como un

bosque de palmas azotadas por el viento, montones de ladrillos, excavaciones y rotos luminosos en la oscuridad. Recostada al pasamano pienso en el traje que llevaré esa noche al teatro, sin acordarme un punto de madre, ni de cosas dolorosas, ni de nada que esté ungido con lágrimas. A poco me coloco delante de dilatado espejo, cuya luna tiene lejanías de mar y se riza produciendo fastidio a los ojos. ¡Cuán bella me encuentro ahí, y con qué belleza tan extraña! Imagen de la hija de las selvas, mis cabellos son una yedra que baja haciendo remansos sobre los hombros, olorosa a bosque húmedo. Después de mirarme largo rato, embelesada conmigo misma, echo sobre mi cuerpo, radiante de hermosura, un traje de niebla azul y derramo sobre el tocador la urna de mis joyas, en busca de una de mi predilección. Allí vuelvo a encontrar la hermosa piedra verde, teñida de esperanza, cuyo seno cargado de promesas es falso como el de los hombres malos que no cumplen su palabra. Y todavía fulgura con atrevida soberanía entre el certamen de luces; pero es una necedad creerle, solamente el recuerdo de la abuela la ha puesto a alternar con la aristocracia del cofre.

Revolviendo estoy mis joyas y frotándolas suavemente, como arrullándome a mí misma con los sonidos de las piedras, cuando entra uno de los amigos que llevo uncidos al carro de mi hermosura, y que no es otro que Francisco, el mercader ambulante que un día quiso comprarme los ojos, pero desdibujada su forma primitiva y mucho más antipático todavía el aire de guasa conque lo conocí. Aunque vestido correctamente, su rostro es para mí en ese momento un mascarón de peristilo, con orejas de asno, la boca de una oreja a la otra y los ojos sesgados.

Contemplando a su vez el recién llegado la belleza de las joyas, exclama súbitamente, alzando la piedra verde: —Puedo asegurarte, amiga mía, que esta esmeralda sería capaz de enloquecer al soberano de mejor gusto. ¿Dónde encontraste esta montaña de belleza? —¡Una esmeralda! —exclamó con honda sorpresa—. ¿Pues no me hiciste creer un día que era un vidrio ordinario? Sostén lo dicho, por Dios; ya tengo miedo, un miedo espantoso de que esto sea una esmeralda. Te acuerdas de la mañana en que la ofrecí?

—Ofendido por tu indiferencia —responde él—, callé la verdad, hermosa Albertina.

—¡Miserable! —vuelvo a decir— Me empujaste a conseguir piedras finas por no pagar la mía—. Y levantó la mano para descargarla en Francisco; pero la bajo rápidamente, porque veo a Satanás, que pasa por entre las lejanías azules del espejo, diciéndome: —Él no es el culpable.

—¿Pero es que no te burlas, Francisco? ¿Es esto una esmeralda, verdaderamente? No vayas a mofarte de mi piedra; la tengo entre lo fino, porque la abuelita...

—Sin duda era tu abuela una mujer espléndida, cuando poseía y daba tesoros como éste. Puedes creerme: posees la más bella esmeralda que he visto y hayan visto los demás; y, si quisieras venderla, podrías comprar diamantes con qué bordar un cielo.

Lo dice de tan serio modo, que yo quedo convencida de que poseo una esmeralda asombrosa. ¿Cómo disculpar entonces mi precipitación a conseguir riquezas para salvar a mi madre? Haberme lanzado

imprudentemente a buscar esmeraldas y perlas, sin oír la voz de este talismán de mi niñez. Haber dudado del seno que no se opaca jamás”.

—Harás que me levante, Albertina —dijo la señora haciendo un esfuerzo doloroso para enderezarse en la cama.

—¡No te metas, mamá! —respondió la joven, mirando a su madre con ojos amenazantes—. Déjame hacer y decir lo que quiera. ¿No me conoces, pues?

“—Tienes razón, Francisco —prosiguió—; no es fácil engañar a nadie con esto; efectivamente, poseo la esmeralda más bella que se conoce... la esmeralda... ¡Qué tarde pude decirlo! Cuando la de mi honra se había tornado en un vidrio falso. ¿Quieres dejarme sola, Francisco, un momento? Me duele el corazón, no voy al teatro.

—Te dejo; y si quieres venderla...

—Sí, sí, te preferiré

—Permíteme, pues, sultana adorable, que coloque estas flores en tu pecho.

Sale Francisco, y reclinando mis brazos desnudos sobre la mesa del tocador, dejo caer en ellos la cabeza, peinada con mágica coquetería; la mariposa que llevo en ella se queda titilando como un lucero.

Llorando sobre la esmeralda le pido perdón de mi falta, y la increpo también, haciéndola responsable de mi culpa. ¿Qué hacer con aquel testigo que a todas horas va a recordarme los días blancos, cuando luchaba contra la miseria, escudada por las alas de carmín del ángel de los buenos? ¿Venderlo? ¡Para qué! Tengo tanto dinero. Además, su valor, aunque toque en millones, no alcanza a lavar un átomo de mi vergüenza. Las gentes no querrán tampoco comprar alhaja tan valiosa. —¿Para qué sirves ya? Le grito, arrojándola contra una pared. Hoy sí que eres un verdadero guijarro para mi corazón; no te necesito.

Y me acoyunda el dolor. Verdes como el seno de la piedra estaban un día los vergeles del mío, amarillentos ya y llenos de hojas marchitas; a la esmeralda no la confundirán jamás con baratijas, pero a mí tampoco con los ángeles. —¿Por qué no hablaste un día tan claramente como lo haces hoy? —le preguntó a la joya, desesperada—. Siempre has estado erizada contra mí: cuando pudiste salvarme fuiste muda, no me dijiste lo que valías, y esta noche apareces, como un símbolo del remordimiento, a cantar entre mis diamantes de llano en plano mi pequeñez.

Veo la piedra, la veo cintilar dulcemente entre la media tinta del salón, como los ojos cariñosos del perro que perdona la injuria del amo.

Pasa la hora del teatro, y llega la de media noche; entonces levanto la cabeza; los brazos se me arden en el hielo de la plancha de mármol del tocador, y la mariposa que llevo en los cabellos me entierra un agujón doloroso.

Al ponerme en pie oigo una voz apacible, cantada en un ángulo del salón, y miro hacia allá rápidamente: la piedra se ha vuelto un bloque enorme, y por entre sus celajes verdes vuela un ave que dice en su canto: —El rocío del amanecer lava el cáliz del lirio en que pasó la noche un gusano; peor para el jardinero, si deja allí al inmundo reptil durante el día.

—¡Es verdad! —respondo llena de alegría—. Aún me queda el pesar; el ácido del arrepentimiento corroe todas las manchas del espíritu.

Recordando uno por uno los días de virtud, los agrupo como en un ramillete y los beso, embriagándome en su perfume, un perfume que despierta en mí punzantes recuerdos: mi padre, erguido siempre y riendo de las calamidades de la vida; mis pequeños hermanos, simples y dulces a la vez como el agua; mi madre, la del señorío gentil; y los amores ideales con el príncipe del país lleno de sol, ríos claros y palomas blancas. Y siento cómo se revela contra mí el pudor de los velos cándidos, de los cuentos inocentes, de la miseria honrada, del hambre, en fin...

Las bujías del piano, que chisporrotean alzando la llama y hundiéndola en un juego fastidioso, me hacen salir de aquel Jordán de recuerdos. Plumones de pájaros, cabelleras de niños, prados de violetas, todo lo casto ha desfilado por delante de mí; y cuando el alba comienza a desleír su luz blanca en el aire, me digo: —Es verdad, todos los prados reverdecen bajo las lluvias del cielo, cuando el verano los ha tostado. ¿Y qué debo hacer?

Busco el espejo con los ojos y doy un gemido de alegría dolorosa. He sufrido tanto en esa hora, que veo mi copia en el cristal como la de una mujer macerada por largo infortunio; caída en un dejo amargo la boca que un día reventó en loca florescencia de besos; mis ojos tienen ahí toda la resignación de un mártir, y en ellos no se ven ya sino sosiegos crepusculares, el día arrepentido de su derroche de luz. Por parte alguna se alza el ropaje en redondeces tentadoras: las líneas graves de la castidad encierran mi cuerpo que pide otra vez la túnica simple de la esquivez. Y no tendré vergüenza. —Ves que no soy tan mala como quisiste que fuera —le digo a la piedra, volviéndome hacia ella—. No, no, perdóname, tú me has salvado. ¿Qué quieres que haga ahora? —Botar esos diamantes y correr a decirle al mundo cómo los conseguiste, para que te pisotee —contesta la piedra, por extraño milagro.

Postrar así la frente, yo, la flor de la altivez, la que se bañaba en ondas de orgullo como en auras de sol los pájaros, la hija del señor de Casablanca, que murió sonriendo y burlándose de su miseria... Ah, no, ¿pues cómo? ¿Qué mas quisiera el mundo?

—No estás sana todavía —me grita la conciencia—; aún duerme el gusano en el cáliz del lirio, a pesar de la humillación de la carne.

Después de una batalla librada en mi corazón, me yergo resuelta a abandonarlo todo; y de tal manera toma el heroísmo posesión de mi voluntad, que no son parte a apagarlo mi fortuna ni mi nombre.

Principio a desvestirme con hondo desencanto, sin cuidarme de que ajo los encajes, y arrancando con rabioso desdén las joyas con que me había aderezado. Si es verdad que todo corazón sale limpio de un baño de lágrimas, ven, corazón mío, yo te lavo, ven...”

—¿A dónde vas, hija mía? —exclamó la señora arrojándose del lecho, al ver que Albertina abría la puerta de su miserable vivienda para salir.

—¿Qué dices mamá? —preguntó la joven, deteniéndose asustada.

—¿A dónde vas?

—A que el mundo me castigue.

—¿Qué es lo que dices? ¿Estás despierta?

—¿Qué, señora?

—A ver, Albertina, ¿qué quieres?

—Ir a... que el.. mundo...

—¿Estás dormida, hija?

—No, señora, despierta. ¿No me has visto sentada frente a esa luz hace rato?

—¿Qué vas a hacer, entonces?

—¿Que qué voy a hacer, mamá?

—Sí, niña, sí, ¿qué vas a hacer a estas horas en la calle?

—Voy a que el mundo...

—¿Quieres abandonarme?

—No, señora, no; quiero decir que iba a... ¿Qué hora es? —preguntó cerrando de nuevo la puerta y mirando a todas partes. Guardó silencio y se quedó inmóvil en la mitad del cuarto. Se llevó en seguida la mano a la cabeza en busca de la mariposa, se miró los brazos, se tocó el cuello y se quedó fija después en un solo punto del suelo moviendo un pie como el que marca el compás de una música. Buscó agua, que le supo, como después de una llamarada de fiebre, a pantano; y no quiso sentarse otra vez cerca a la llama. Arrimó una silla junto al lecho de la señora y apoyó la cara sobre una manta, profundamente preocupada. — Estoy rendida de hacer fuerza, viéndote la pantomima que has sostenido delante de mí hace dos horas —le dijo su madre con desaliento—. Creía que habías olvidado esas necedades. ¡Preocuparse de ese modo! Llorabas, reías y temblabas con paroxismos de rabia. ¿Qué pasó por tí?

—Mucho, mamá, y nada; lo que tú sabes: un globo, ah, pero un globo que me llevó... Ea, después te lo cuento; duerme, duerme ahora sí tranquila. Que el sosiego tuyo sea el epílogo de mi novela. ¡Qué noche habrás pasado! ¿Verdad que te sientes mal?

—Demasiado —respondió la señora, cerrando los ojos fatigados—. Esa angustia porque te he visto pasar esta noche, sin poder calmarla, me ha quitado muchas horas de vida.

—Yo te pagaré cada una con un año de la mía; duérmete.

—No puedo; estoy mal. Prométeme, Albertina, no dejarte llevar otra vez con los ojos vendados por las gasas de una mentira como la de esta noche.

—¿Mentira, mamá?... Tienes razón.

—¡Qué fatigada estoy, hija mía!

—Lo veo, señora; y no te imaginas cómo me duele no poder aliviarte, porque, ¡ay! nos falta todo.

Al fin quedaron la señora postrada en silenciosa amalgama de sueño y vigilia y Albertina velándola de pie junto al lecho.

—Ahora voy a leer la novela que compuse yo misma —se dijo la joven—; debe ser trágica, porque tengo una emoción insoportable.

## A DOS FUEGOS

Comenzó a unir recuerdos, viendo de rehacerla, pero no acertaba con la ilación; todo era un caos dentro del cual fulguraba de cuando en cuando un relámpago de claridad. En su memoria no había nada recortado, definido, sino un devaneo, la persecución de una mariposa que va quebrando el vuelo, y, por ende, desesperando al que la persigue. Lo único claro era la agitación que le quedara y una alegría inexplicable.

Levemente alboroó en su cerebro el diálogo con Francisco en la noche terrible de su arrepentimiento, y concentrando todos los esfuerzos en uno, logró recordarlo íntegro. Retrocediendo un poco cogía un detalle, otro más allá, hasta que llegó a la serpiente de piedras finas, prólogo de su invención. —Corriente —dijo meneando la cabeza con una sonrisa enigmática—; ahora se me antoja decir y sostener que no hay tal novela, porque lo que yo me propuse fue hacer que el negociante me confesara en un sueño que mi piedra era una esmeralda, y lo conseguí, porque lo confesó, como me lo confesará mañana de día; ya no puede negarlo, es imposible que se vuelva atrás. Juro, pues, que todo mi delirio no es mentira —dijo en voz alta, mirando a la puerta que daba a la calle, como en un desafío a todos los hombres.

—Todo, afortunadamente. Respondió dulcemente la señora.

—¿Todo, mamá?

—¿Y si no, Albertina? Vuelves a las andadas; fijate.

La señora la miró con curiosidad anhelante.

—Tienes razón, mamá; si todo fuera cierto tu te morirías de vergüenza y yo también.

—De vergüenza... yo... ¿y por qué?

—No hagas caso; de lo que te vas a morir es de felicidad, porque Dios y yo queremos que haya un detalle cierto en mi novela; y lo es como que te adoro, como que por ti plegué mis alas... No, mentira, eso no es cierto.

—¿Qué ha pasado Albertina?

—Un globo, un desvarío, tú lo sabes —respondió abrazándola con frenesí y estrellándole de besos la cara con rapidez—. Tienes hambre, señora querida —le decía en ondulado gorgoreo de risas y lágrimas—; tienes hambre; sopórtala una hora más y te daré todas las delicias que tu boca pida, porque somos ricas, inmensamente ricas; tú no te imaginas que tan ricas somos. —Señor —añadió, juntando las manos y mirando al Cielo—, no me la dejes morir mientras voy a vender la esmeralda, y apresura la llegada del día. Ve cómo está demudada y cómo clava en mí sus ojos de un modo con que no me ha mirado nunca. En cuanto amanezca voy a conseguir remedios y vida, porque esto es una esmeralda. ¿Verdad, Dios mío, que es una esmeralda, lo mismo hoy que en la noche en que me lo dijo Francisco?

—Continúa tu maldecida visión —le interrumpió la señora—. Eso ha sido y es un vidrio.

—Hoy es otro día, mamá; el dolor me le dio en la noche la finura de una joya regia.

Sin mover la cabeza, la señora volvió los ojos a mirar a su hija, sintiendo que la dejaban caer en un pozo de agua helada.

—¿Y por qué me miras así? Ya sé en lo que estás pensando: en que estoy loca, ¿verdad? Para que no creas en eso voy a relatarte mi invención. Pero, oye, es mejor que no me la escuches: no tendría valor para soportar tus ojos; no alcanzas a suponer a qué precio logré saber que poseíamos una esmeralda.

—¡Tu honra! —gritó la señora, enderezándose con fuerza extramundana y tratando de leer en los ojos de su hija algo más horrible que el hambre y que el desamparo.

—Acuéstate, mamá. ¿No me has visto junto a ti toda la noche?

—¿Puedo morir tranquila, Albertina?

—¿Por qué hablas de muerte, hermosa mía, cuando la vida se nos entra a la casa como una ráfaga de felicidad? Cállate, no te muevas; te has fatigado, y eso va a hacerte mucho mal.

La señora entró en sosiego.

Era tal la fuerza de convicción de Albertina, que había logrado sugestionar a su madre por un momento y hacerla entrar también en divagaciones.

La noche fue dolorosamente larga. La señora seguía con los ojos todos los movimientos de su hija, recorriendo con la memoria todo su pasado de tristezas, recontándolas y haciendo de ellas como un haz para llevárselo. Su nariz, de aristocrático dibujo, había acentuado con grave seguridad todas sus líneas y se

adelgazaba hasta la transparencia; dos manchas de zumo de violetas sobre los pómulos le agrandaban trágicamente los ojos, y sobre la frente combada aparecían gotas de rocío de un misterioso amanecer.

Albertina no quitaba la mirada de las rendijas de la puerta, esperando el saludo del día; al fin llegó éste, y al asomarse a la estancia con tenue mansedumbre, corrió a la calle la joven precipitadamente. Mas a poco se detuvo, y volvió a entrar asaltada por un pensamiento justiciero: si la finura de la piedra era real, según su novela ¿por qué no serlo todo lo otro? Desde el umbral le preguntó a la señora si un crimen concebido y sentido tenía el mismo valor que ejecutado.

Eso era para la madre morir dos veces. ¿Por qué las mataba a las dos el cielo de un golpe? Ella rendía su vida resignada, pero se revelaba contra la muerte ideológica de su hija. Abrazadas las dos y cogiendo flores en el camino no explorado por ojo humano, qué viaje tan seductor. —¿No me respondes, mamá? Ah, no tienes fuerza, y yo plantada aquí —dijo y partió como una saeta.

—¡Carlos, Carlos! se quedó sollozando la señora a media voz—. Presentías este tormento y te fuiste antes de que llegara. Yo tampoco puedo con él y me voy a buscarte. ¿Y la dejamos, Carlos? Tú no vienes y yo me voy... ¡La dejamos! Albertina, Albertina, ven, yo te bendigo, flor mía.

La joven iba corriendo entre la media luz de la mañana, en busca del negociante de esmeraldas. Tantas emociones, tan violentas sacudidas, y que todo viniera a parar en boca de Francisco en los dos vocablos helados y crueles: "Un vidrio." Ni por atisbos pensaba la joven en que podía estar equivocada; y al que se lo hubiera dicho, le habría gritado: "Ladrón, ¡que quieres quitarme mi esmeralda!" De los juegos malabares que incendiaron su mente toda la noche descartó con atrevida seguridad el convencimiento de que poseía una joya admirable, porque Francisco se lo había dicho, y consideró todo lo demás como accesorios inútiles en la novela. Tan honda y certeramente había intrigado en sus ideas la fantasía, que la joven no pudo, como otras veces, bañarse en el frío de la verdad; y tan poseída estaba de su ventura, que marchaba erguida, impávida, al revés del día anterior, cuando se había acercado a Francisco timidamente como un mendigo. Sin embargo, la palidez de lo inesperado abusaba de su rostro, y cruzaban las eternas luces espantadizas sus pupilas con más ligereza que antes. Leve temblor le hacía palpar todo el cuerpo, y sus labios modulaban un pensamiento largo, largo y tenaz. En su afán había olvidado recoger la gloria negra de sus cabellos, y le caían por la cara y sobre los hombros en fantástico desconcierto; encajada la faz descolorida entre aquella parelia oscura provocaba, más bien que a besarla, a pensar en las amargas rebotaciones del alma. La mano previsor de la coquetería no pasó por sobre su figura al salir a la calle, y sólo la defendía del ridículo su hermosura incomparable. Inmóvil, igual que una cariátide, la encontró Francisco junto a la puerta de la oficina.

Al verlo, se sonrojó la joven confundiendo la realidad y lo inventado: creyó que el comerciante recordaba también la escena de la noche del arrepentimiento y todo el pasado de la joven. Sin embargo,

logró equilibrar la memoria y, rehaciéndose, saludó a Francisco con intencionada gravedad. —¿Vienes a venderme los ojos, garcita? —preguntó temblando de felicidad y haciendo el indiferente por lo que Albertina llevaba en la mano—. Ya sabía yo que me buscarías.

—Cómo me habrá buscado usted a mí de ayer a hoy ¿no es cierto?

—Psh, he pensado en tus ojos y en tus labios y en esos cabellos únicos; mas, si lo dices por la pedrezuela de marras cree que te equivocas.

—Cabal, por la pedrezuela lo digo, que en cuanto a los ojos, juro que usted habría olvidado de qué color eran; y, a propósito, sabrá que resuelvo no venderlos.

—Allá tú con tus caprichos, melindrosa divina, allá tú. ¿Entonces a qué vienes?

—A venderle la esmeralda más bella de la tierra, como dijo usted anoche, ésta con cuyo valor se pueden comprar diamantes con qué bordar un cielo; la montaña de belleza, en fin. ¿Recuerda que así la llamó usted anoche desesperado delante de ella?

Sorprendido el negociante por frases tan extrañas en boca de una aldeana, y, más que todo, por la seriedad con que afirmaba una mentira, volvió a mirarla sonriente y le dijo: —¿Dónde hemos hablado los dos después de que te fuiste de aquí?

—Y tan largamente, señor; en las manos debe llevar usted todavía el perfume de las violetas que me colocó entre las espumas del traje azul.

—¡Cuidado! ¿Qué estás diciendo?

—Y como me suplicó usted que, al venderla, lo prefiriera, aquí estoy. Si no hubiera sido por aquel dolor en el corazón, que todavía siento, lo probable es que desde anoche fuera usted el dueño de la esmeralda.

—Indudablemente tú estás loca.

¡Quién se lo dijo! —como si le hubieran dado un latigazo, saltó Albertina mordiéndose una mano—. ¡No sea usted atrevido! Tan fácilmente que se le dice loco a cualquiera...

Herida en el mismo punto dos veces, por su madre con una mirada y por Francisco con una frase. ¿Qué era, pues, aquello? ¿Por qué se empeñaban en enloquecerla? Nada extraño había notado ella en sí misma, pero tenía miedo. Le dolían el corazón y la cabeza, mas no hasta el punto de obligarla a hacer y decir tonterías.

—Perdóname, hermosa; pero estás diciendo unos disparates... Tú y yo nos hemos visto una vez, ayer cuando viniste a ofrecerme el vidrio.

—Tiene usted razón; esta costumbre de decir bromas suele costar caro. Perdóneme y vamos al caso: cómpreme esta esmeralda; oiga que lo digo con todas sus letras y que no le pregunto qué es esto, como se lo pregunté ayer.

—Aunque lo digas con todo el abecedario te compro mas bien los ojos; resolví anoche no negociar con vidrios.

—No se vuelva usted atrás, señor; recuerde que me preguntó dónde había encontrado esta montaña de belleza. No se desdiga usted.

—Eres tú quien debe hablar seriamente y dejarse de invenciones.

—Sí, sí, tiene razón. ¿Por qué voy a dar allá? Señor, ayer no insistí, porque estaba usted tan ocupado y... vamos, tan zalamero, pues. Hoy vengo decididamente a negociar. Mire este escándalo de belleza.

Volvió a presentarle el incendio verde, en cuyo fondo no tropezaba la vista con el más leve rastro de *jardín* que pudiera empequeñecerlo; el tamaño pedía una corona, y el peso una fortuna. Los ojos de Francisco, se fueron otra vez detrás de la piedra, y un ligero estremecimiento delató el aleteo de su corazón; con todo, tuvo valor para decir con voz casi apagada: —Será lo que tú quieras, pero...

La joven no lo dejó acabar. ¡Transplantada de un golpe a la cumbre de la desesperación, le metía los dedos en los ojos a Francisco diciéndole que fuera más hidalgo, declarándose impotente para comprar la esmeralda, o mostrándose indiferente al negocio que se le proponía. ¡Pero venir a negarle el mérito a la piedra!... Era una argucia detestable.

—¿Así tan convencida estás?

—¡Ay, como de que respiro!

—¿Quién te lo dijo?

—Usted, anoche.

—Vuelta a la machaquería.

—Sí, por Dios, ¡que me lo dijo usted anoche en mi palacio, estando frente a un espejo!

—Ea, sigue, sigue ensartando boberías, que eso, al menos, es curioso.

—¡Ay que risa! Esas orejas más grandes que el espejo, y aquella boca en que le cabían el espejo y las orejas; pero muy bien vestido, eso sí.

Acometió la joven con una risa tan franca, ingenua y fuerte, que Francisco no pudo disimular el fastidio que le producía. —Ea, perdemos el tiempo en niñerías, parece que tú has amanecido más para burlas que otra cosa, y te salgo al paso, diciéndote que no seas tonta.

—Y lo merezco, señor; hágame usted el favor de perdonarme —respondió Albertina cortando bruscamente el hilo de la carcajada y poniéndose encendida de vergüenza—. Soñé anoche una cosa rara, pero tan humana y tan real, que no he podido olvidarla; y me sucede que, sin proponerme, la estoy enredando en mis cosas. No haga usted caso, y ayúdeme a no caer otra vez, despachándome pronto. Tenga piedad de mí, y cómpreme la... ¿puedo decir esmeralda? Respondo con mi vida de que lo es.

Aquel acento, aquella seguridad y el mismo desconcierto de ideas empezaron a desarmar a Francisco, hasta el punto de ponerlo a apreciar él mismo la enormidad de su falta, si engañaba a la joven que lo miraba con ansia, llenos ahora los ojos de lágrimas. Eso y la misma imposibilidad de engañarla hicieron que el negociante se colocase en otro extremo, apreciando exageradamente el valor de la esmeralda. Ya que él no podía ser su dueño, pues que la pagara a subido precio el que la quisiera; de no robársela, lo mejor era no dejársela robar a nadie, y darle al asunto colorido de hidalguía, envolviéndolo en una aureola de generosidad y justicia. ¿Qué diría el mundo cuando supiera que a Francisco le había ofrecido una niña inexperta semejante maravilla, y que éste, por exquisita delicadeza, no había querido tomarla a trueque de una pequeñez? De todas maneras la situación era para reducirla a una ganancia; si no era fácil conseguirla por el camino del dinero, ya vendría por el de la buena fama, de que estaba ayuno Francisco. ¿Quién no se le entregaría de ahí en adelante con fe sincera y profunda? Porque él haría bulla y regaría el cuento a todos los vientos. Enardecido de inesperada y pasajera caridad, se propuso ser el engarce de oro de la piedra y presentársela a los hombres, deslumbrado por la obra de la naturaleza y no por su valor en oro. —¿Sabes, niña, cuánto vale lo que me ofreces?

—No se; vale lo que usted diga.

En voz baja: —Qué tentación... ¡Lo que yo diga!...

—Mira, es mejor que te vayas.

—¿Sin remedios? Ah, no, señor; sin la salud de mi madre no vuelvo yo a casa.

—¿Dónde está tu padre?

—Murió.

—¿Y tu madre?

—Muriéndose.

—¿Tus hermanos?

—Son unos pequeñuelos.

¡Esto más!... Ni quien me pida cuenta. ¿Qué hago? —¿Por qué viniste a ofrecerme a mí tu maldecida piedra? Ea, vete.

—No me voy.

—Es que te voy a engañar.

—¿Qué le hace? Engañeme usted.

—Te arrepentirás después.

—Se me figura que usted también.

—Tienes razón.

No pudo Francisco rechazar la túnica blanca que Albertina le presentaba, para que pusiese de limpio su conciencia, pagándole inconscientemente el antojo de haber querido manchar su honor. La sencillez, burlándose de las triquiñuelas de los hombres, le estaba enseñando a ser honrado.

—Bien, señorita...

—¿Cómo, no me trataba usted hace poco como a una mandadera? ¿En una joya puede encerrarse el señorío de una mujer? Yo tuve muchas cuando era mala... No, miento, quiero decir... ¡Virgen santa, quítame esto!

—¿Algún recuerdo negro, señorita?

—No, señor; esta manía de decir necedades.

—Pero las dice usted de un modo, que casi estoy por creer que no es usted la que estoy viendo; parece que hablara por su cuenta y por la de otra persona.

—Basta, basta —le suplicó Albertina con angustiada expresión.

—Iba a decir a usted, señorita, que no tengo con qué pagar su alhaja, ni juntando los valores de todas las que poseo.

¡Qué suerte la de la pobre niña! Antes lloraba porque la piedra era un vidrio, y ahora, porque valía tanto que nadie podía comprarla. —Tómela, señor, por lo que quiera, pero ya. Mi madre... ¡Cómo hemos sufrido!

Lo único que podía hacer Francisco, dado el espíritu piadoso que en aquel momento lo poseía era darle a la joven todo el dinero que ésta necesitaba, mientras se encontraba un rey: era el único que podía comprar la fabulosa piedra. Una ráfaga de cielo que vagaba en busca de la frente de un justo, se había detenido por casualidad en torno a la de Francisco, como un halo luminoso.

—Deje, usted, señorita, la piedra en mi poder y avise a las gentes para que vengan a verla. Llévase mi nombre, y crea ciegamente en que haré llegar la esmeralda hasta la cima de una corona o, mejor, de otra corona, porque sobre una estaba.

—¿Va a galantearme? Muchas gracias. No sabe, usted, las cosas tan horribles que yo sé.

—Necio de mí —dijo Francisco a media voz—; esta muchacha... claro; basta verle el desaliño y el terror de la mirada ¿Y qué hacer?

—¿Por qué me mira usted así? ¿Va a decirme otra vez que estoy loca? Oiga: no le diga usted eso a nadie, porque duele mucho. Venga el dinero.

—Tómalo, niña, pero no te exaltes.

Se le antojó a Albertina que Francisco era el hombre más bello que ella conocía, y le sorprendió no ver alas sobre sus hombros. Dio a correr por las calles de la aldea, en solicitud de esto y lo de más allá que se necesitaba en su casa. —¡Tan fácilmente que se le dice loco a cualquiera! —iba repitiendo en su desalada carrera—. Mis sueños... oh flores mías, galanura de mi espíritu, ¡cómo os adoro! Me habéis llenado siempre

el vacío de la vida y uno de vosotros viene hoy a desenterrar esta vulgaridad, en provecho de mi cuerpo. ¡Uf! ¡qué hediondos son los billetes! ¿Con que, decíais que estoy loca? Dios me los dé todos así. ¡Pero cómo arde esa maldita palabra! ¡Salud, blancos amores! —gritó entrando a la casa, a manera de una ola de viento que arrea bandadas de sonidos y aromas; a correr, a saltar, a vivir. No hay nada más sabroso que vivir. Niños, aquí tenéis azúcares y frutas; y tú, mamá, joya mía, esmeralda mía, vas a enderezarte para que me recibas esta copa. Pero, aguardad todos: abramos antes las puertas; que entren el olor de los rosales del cercado, el ruido del viento y la luz del sol; que se llene la alcoba de la madre de perfumes y música y polvo de oro; que ella alcance a ver desde su cama campos de cielo y el juego de las palomas. Benditos sean los sueños, contraveneno de la existencia. Yo te saludo, ¡oh príncipe mío! Ya puedo irme contigo otra vez al país lleno de sol, ríos claros y palomas blancas, y columpiarme en el viento de la noche, y recoger estrellas a puñados, porque soy rica y tengo permiso de soñar y de amarte. ¿Dónde están mis doncellas y el traje de espumas azules? Quiero recibir regimiento y de rodillas la vida que viene a visitar a mi madre.

Los niños se quedaron silenciosos, mirando atentamente a la señora y a la joven. No sabían lo que ocurriera, y aguardaban sin moverse a que Albertina conmoviera a la madre que no quería responderles a una sola palabra.

—Pero, ¿por qué estáis todos así, y tú, mamá, por qué no me haces caso? Es que no has visto lo que te traigo. Y en cuanto te levantes vas a hacerte un traje, un gran traje, porque tú eres muy hermosa, ¡muy hermosa!... ¡tus ojos me parecen tan lindos! ¿Sabes que era una esmeralda? La abuelita era una mujer espléndida. Pero estás demasiado seria ¿Es que he tardado mucho? No me culpes, mamá. Tuve que detenerme a probar el valor de mi piedra. ¡No me respondes! Bien, ¿así se paga tanto amor? ¿No me querías, pues, hasta el delirio? ¿no me llamabas paloma? ¿no era tu orgullo? Harás que me enoje yo también. Oh, no, contigo no.

Albertina se sentó al borde del lecho, y al inclinarse a besar a su madre dio un grito en seco, igual al del yunque que rechaza un martillo.

Cayó la infeliz como otra maza inerte sobre el cadáver, desparramando por el suelo un puñado de billetes de banco. Abarcó a la señora con los brazos y los labios, la mordió, estrujola con vehemencia, le abrió los ojos tratando de verse en ellos, y dijo enderezándose desmelenada, sin derramar una lágrima: — ¿Quién dijo que era muy sabroso vivir? ¡La vida! ¿quién me la explica? El sueño de anoche se volvió una realidad esta mañana, y la realidad de este amor querido acaba de volverse un sueño. Vamos a ver en este embolismo de cosas, que me está abriendo los huesos de la cabeza, qué es mentira y qué es verdad.

Haciendo una cuenta con los dedos decía poco a poco: La esmeralda sí; mi madre no; y creo que sí digo mi madre sí, la esmeralda no, lo mismo da...

Se llevó una mano a la frente, y desgarrando la piel se dejó allí cinco rayas bermejas que se escurrían en gotas. —Mi madre no, la esmeralda sí; la esmeralda no, mi madre sí. Cortadme la cabeza para que no sueñe más, y el corazón: no los necesito. Tan fácilmente que se le dice loco a cualquiera. ¿Qué es eso? Les preguntó a los niños, señalando los billetes de banco. —¡Qué gran traje, te voy a hacer! Porque tú eres muy hermosa, ¡muy hermosa!... ¡Tus ojos me parecen tan lindos!...